

# Una breve aproximación a dieciséis años de poesía chilena: 1973-1989

**C**on el término de la dictadura de Pinochet finaliza el período más oscuro y horrible que ha tenido el pueblo chileno, entre los años 1973 y 1989, cuyos efectos se han reflejado también en su historia literaria. Referirse a toda la producción poética que se produjo durante esa época es evidentemente una labor muy difícil, ya que existe una abundante bibliografía imposible de abarcar en un artículo. Pero en todo caso, la que hemos podido conocer a través de las propias obras de los autores, de una gran producción publicada en diferentes revistas y por investigaciones realizadas de manera parcial, podemos ya expresar y tipificar sus diversas manifestaciones. A todo esto debemos agregar lo escrito en el exilio, pues el país siguió a estos poetas donde quiera que fueran.

Carlos Orellana en un comentario a la revista *Ventanal* dice: «...errará el que crea que en los años posteriores al golpe de Estado el «apagón cultural» pueda entenderse como sinónimo de «mudez creativa». Lo primero, fenómeno sociológico caracterizado en sus líneas generales por la esterilización y parálisis de ciertos órganos institucionales, la chatura y mediocridad del pensamiento dominante, y un cierto miedo larvado en el ánimo de algunos sectores sociales, no se tradujo ni podía traducirse en la muerte de toda chispa creadora. La poesía es un buen ejemplo de ello, quizá sí el más significativo y, en todo caso, el que primero se manifestó pasada la travesía del desierto de los primeros años de la dictadura».<sup>1</sup>

Se produce como hecho necesario y vital una creación clandestina, luego la que emerge más libertariamente después de la censura, y otra que se mantiene con el mismo estilo de antes del 73. Son muchos los que pertenecen a una militancia de oposición. Pasado el tiempo más duro impuesto por el terror: la quema de libros estimados peligrosos para la seguridad nacional; la requisición y destrucción de bibliotecas; los

<sup>1</sup> Carlos Orellana: *Ventanal*, revista Araucaria, n.º. 44, p. 214, Madrid, 1989.

allanamientos; las detenciones, las torturas; las desapariciones y la marcha forzada de gran parte de una generación de poetas al exilio, aún se trabaja de forma muy individual (no me refiero al hecho de la creación que es en solitario) en relación con la sociedad, hasta que de a poco se van mostrando los trabajos en círculos de amigos. Los creadores vuelven a agruparse, se ven cuidadosamente en sus hogares, pero siempre con el temor del soplónaje, también en determinados bares o cafeterías o iglesias para comentar la situación política y sus obras. La tiranía amedrenta, pero si no se producen ya las detenciones multitudinarias como las que se practicaban en un comienzo llenando estadios y campos de concentración, como el Estadio Nacional donde se asesinó a Víctor Jara que nos dejó su poema «Estadio Chile»: «¿Este es el mundo que creaste,/ Dios mío?! ¿Para esto los siete días de asombro/ y de trabajo?»<sup>2</sup>, o la que nos describe Aristóteles España en «Dawson»<sup>3</sup>, poeta que fue enviado allí cuando apenas tenía diecisiete años: «Los años irán pasando como trenes desbocados,/ tus ojos se internarán en los círculos/ de la supervivencia seguirá la dictadura haciendo daño./ NO escribiré poesía esta semana./ Hoy entramos al otoño,/ cada día estoy más enfermo./ ¿Cómo estás? ¿Dónde te encuentras? ¿En qué Centro de Reclusión? ¿En qué sala? ¿O en qué fosa?! Se repite tu nombre en mis pupilas,/ veo cuervos en los postes y en las ramas,/ ¿Ha llegado el Fiscal para juzgarnos?! Estoy bastante mal,/ Confundo cosas,/ necesito/ ver/ el/ cielo/ esta/ mañana,/ Escuchar el susurro de las olas cuando lloran/ o los últimos espasmos de una aurora ennegrecida./ ¿Recuerdas diciembre en «Agua Fresca»?/ quisiera escribir un relato,/ lentamente recupero mi entereza/ me gustan mucho las frutas y tu pelo,/ hace frío,/ tengo breves contactos con la tristeza,/ me atrapa a veces,/ después huyo hacia otros archipiélagos,/ son las 10 A.M./ el futuro —que ya debemos empezar a construir—/ será doloroso y noble como un parto», siempre siguen existiendo la arbitrariedad, la detención a cualquier hora del día y especialmente en las poblaciones por la noche, continúan las flagelaciones y las desapariciones. La Vicaría de la Solidaridad juega un rol fundamental en la defensa de los derechos humanos. Comienzan a formarse talleres literarios que sirven de estímulo y de acercamiento, además del cometido cultural.

La poesía testimonial ocupa un papel destacado. Parte de esta creación está en la obra del poeta sureño Omar Lara, premio Casa de las Américas, en 1975, que fue encarcelado, puesto en libertad, que marchó al exilio por varios años y retornó a la región de Concepción. En «Oh Buenas Maneras»<sup>4</sup> dedicado a Ligeia y Guillermo canta: «Cuántos atentados en tu nombre/ cuánto atentado/ contra la especie humana contra la poesía/ cuánto autoatentado/ escuchen a un falso/ he ahí a una bella mujer de mi prójimo/ debería decirle hermosa hermosa pero callo/ animal de buenas maneras callo/ he ahí un miserable debería decirle miserable/ debería escupirlo/ le sonrío no obstante/ oh buenas maneras de qué vales cuánto para qué/ adiestrados para ocultar estos golpes mortales/ estos manotazos soberbios certeros/ ahogados/ asesinados/ pervertidos a edad temprana». Por ejemplo, el destacado crítico y ensayista Alfonso Calderón, respecto al libro de Aristóteles España dice que el autor «ha vivido, desde

<sup>2</sup> «Estadio Chile», poema de Víctor Jara publicado en la antología *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo*, pp. 225-228, RDA, 1977.

<sup>3</sup> «Dawson», de Aristóteles España, Edit. Bruquera-Documentos, Santiago de Chile.

<sup>4</sup> Oh, buenas maneras, de Omar Lara, Casa de las Américas, La Habana, 1975.

los diecisiete años, una odisea, la noción del odio ciego de los tenaces torturadores, de los out-siders que hoy son, por una extraña ironía, los guardadores de la ley. Creo que este libro suyo tiene no sólo el valor *testimonial*, la duplicación verbal de una experiencia del mundo de la sevicia y de la vesania, sino que aspira a buscar la forma de inmortalizar a los crápulas, de preparar los círculos de su particular infierno para que en ellos permanezcan acusadores los valores del horror, de la maldad, de la desvergüenza, y así los asesinos no desaparezcan de la memoria colectiva. «El poeta Jorge Narváez en el prólogo al mismo libro manifiesta que «si bien el *testimonio* ha privilegiado las formas narrativas en prosa, sin embargo el vehículo del verso y la función poética no han estado ausentes de esta realidad literaria. En Chile, la escritura testimonial-poética alcanza una elevada calidad con los poemas «La moneda», de Hernán Miranda, y «Elegía del Barracón», de Aníbal Quijada, ambos producidos en el presente período. También, recientemente publicado, *Cartas de Prisionero*, de Floridor Pérez. El libro de Aristóteles España es la memoria de un pueblo que sufre con un lenguaje realista, sencillo, dolido y esperanzador. En el exterior lo mismo sucede con Alfonso Alcalde, sus poemas son crónicas testimoniales y acusadoras de la barbarie institucionalizada. Parecido en lo social es lo que nos canta Efraín Barquero en su libro *El poema negro de Chile*.

Luego comienzan a publicarse revistas y boletines de poesía que desaparecen rápidamente por la mala situación económica. Algunas escuelas universitarias y ciertas bibliotecas sirven para contactarse y proyectar publicaciones. Los poetas en el interior se caracterizan en este tiempo por su gran perseverancia, conciencia social, y en todo caso por la desesperanza. Se sienten hundidos, terriblemente limitados para publicar, con una ley de censura y una bota que pisotea diariamente los derechos humanos.

La poesía testimonial y clandestina fue como un escape, como una descarga emocional de ira, llanto, impotencia. Si bien es cierto que la poesía no sirve para derribar el poder ni para detener la fuerza de las armas, es sin embargo la conciencia de la sensibilidad, esperanza de libertad, de justicia y paz. Es la comunicación más sincera y vital, sobre todo en esos momentos de la memoria de un país. Esa es la razón por la cual la hoja clandestina pasa de mano en mano, entusiasmo, fortifica y estimula a otros para escribir. Y por eso se arriesgan algunos como Angel Parra<sup>5</sup> a sacar el poema anónimo de la cárcel y del campo de concentración para que en el exterior sepan lo que está sucediendo dentro. Los poemas en su gran mayoría no cumplen con un objetivo estético, sino político. La poesía se deforma como se transforma el hombre con la tortura y privación de libertad. La creación clandestina, rebelde, que se difunde por distintos lugares es el panfleto que tiene el carácter discursivo. Es el estilo panfletario que no cuida la forma, porque lo que tiene verdadera importancia es el contenido político, la llamada de atención.

Hay poetas tanto del interior como del exilio que se mantienen inalterables en su estilo, como los de la famosa generación del treinta y ocho, que siguen muy activos produciendo obras: me refiero a Gonzalo Rojas, Fernando Alegria, Mahfud Massis,

<sup>5</sup> Ángel Parra, destacado cantautor, hijo de Violeta y hermano de Isabel entregó a Casa de las Américas un cuaderno de poemas anónimos titulado *Canto cautivo* publicado en la Revista Cubana, n.º. 98, 1976.